



### CAPITULO III

#### Continuación.—Ministerio girondino, declaración de guerra (Marzo-Abril del 92)

Ministerio mixto de Roland y Dumouriez.—Carácter doble de Dumouriez.—Robespierre contra la Gironda.—Lucha de Robespierre y de Brissot.—Dominación de Robespierre en los Jacobinos.—Su poder sobre las mujeres.—Cómo explota el juramento religioso.—Crítica de Robespierre por sus propios amigos.—Es enemigo de los filósofos.—La filosofía defendida por Brissot.—Robespierre ajeno al instinto popular.—No comprende el movimiento nacional de la guerra.—Gran corazón de la Francia el 92.—Cómo rehabilita á los soldados de Chateauvieux (30 de Abril del 92).—Odio de los príncipes alemanes hacia Francia.—Dureza hipócrita de Francisco II.—Amenazas á Francia.—Declaración de guerra al Austria (20 Abril del 92).

La elección era difícil. Si Brissot y los jefes de la Gironda se nombraban á sí mismos, abandonaban el gran puesto, el verdadero puesto del poder, me refiero á la tribuna y á la dirección de la Asamblea. Desde aquel momento la tribuna hubiera obrado contra ellos, les hubiera batido en brecha. Por otra parte, si escogían hombres inferiores y violentos, daban gusto á la corte, cuya aspiración era ver á la Revolución ridícula ó furiosa, disgustar y hacerse aborrecible de la Francia. Brissot, con mucho tacto, tomó, no de arriba ni de abajo, sino hombres hasta entonces poco conocidos, hombres especialistas sobre todo: el ginebrino Clavieres para hacienda, Dumouriez para los negocios extranjeros, Roland para el interior. Los dos primeros eran hombres capaces, atrevidos, proyectistas, ya avanzados en edad, postergados por la injusticia del antiguo régimen, caracteres, por lo demás, equívocos, inciertos todavía y que se habían de experimentar en la práctica. Roland ya estaba juzgado. Nadie conocía el reino mejor que él, que lo estudiaba hacía cuarenta años como inspector oficial y como observador filósofo. Bastaba ver su rostro un momento para reconocer en él al hombre más honrado de Francia, austero, severo, es cierto, como debía serlo un anciano, ciudadano con la monarquía, que había sufrido toda su vida con el aplazamiento de la libertad.

Monsieur y madama Roland habían vuelto en Diciembre á su modesta habitación de la calle Guenegaut, y en esta nueva estancia en París, tomaban menos parte en la vida pública. Petion, que hasta entonces había sido el centro de sus relaciones, estaba ahora en el Hotel de Ville muy preocupado con su alcaldía. El 21 de Marzo por la noche fué Brissot á buscarlos y ofrecerles el ministerio. Ya habían sido presentidos y Roland, á pesar de su edad, activo y apasionado todavía, había creído que en aquella ocasión el deber le obligaba á aceptar.

El 23 á las once de la noche los presentó Brissot al ministro de negocios extranjeros, Dumouriez, que salía del Consejo é iba á participar á Roland su nombramiento. Dumouriez les sorprendió al asegurar «que el rey estaba sinceramente dispuesto á sostener la Constitución.» Ellos miraron atentamente al hombre que así les hablaba.

Era bastante pequeño, tenía cincuenta y seis años, pero que parecía diez más joven, ligero, dispuesto y nervioso. Su cabeza muy inteligente, en la que brillaban dos ojos llenos de fuego, revelaba su verdadero origen, la Provenza, de donde procedía su familia, aunque él había nacido en Picardía. Tenía el rostro atezado de un militar aguerrido, no sin nobles cicatrices. Y en efecto, Dumouriez, húsar á los veinte años, había sufrido que le acuchillasen, que lo hicieran pedazos, antes que rendirse, combatiendo á pie contra cinco ginetes que le acosaban. Sin embargo, se había hecho viejo esperando el ascenso; aunque gentil hombre no era de la nobleza de la corte, la única favorecida. Se arrojó por las vías oblicuas, en la diplomacia especial que Luis XV sostenía á espaldas de sus ministros, diplomacia secreta, medianamente honrosa, que tenía cierta apariencia de espionaje. Bajo Luis XVI Dumouriez se elevó mucho, consagrándose á un grande y noble proyecto, del que fué el primer agente: la fundación de Cherburgo.

Nadie tenía más talento, más conocimiento en las materias más diferentes, más aptitudes diversas. ¿A qué las aplicaría? La suerte lo había de decidir. Dumouriez no profesaba ningún principio. Tan bravo y tan militar, tenía sin embargo en un grado sumamente débil el sentimiento del honor. Hay que creerlo: en sus Memorias afirma sin empuje, sin vergüenza y sin jactancia, sencillamente, y como un hombre extraño á toda noción moral, que presentó al ministro Choiseul dos proyectos referentes á los corsos, un proyecto para libertarlos, otro para sojuzgarlos. Fué preferido el último, y Dumouriez se batió valientemente con este último objeto. Lo mismo hizo en el 89. Había enviado, dice, un proyecto excelente para impedir que se tomase jamás la Bastilla, pero llegó demasiado tarde.

El 92, llevado al ministerio por los enemigos del rey, se convirtió inmediatamente en favor de éste y secretamente de su parte. No era solamente por costumbres monárquicas, indiferencia de principios; era también, hay que decirlo, por generosidad. El rey y la reina, encerrados en aquella prisión de las Tullerías, estaban en peligro y eran des-

17088



graciados. Dumouriez, generalmente poco entusiasta por las ideas, lo era mucho por las personas. Era humano y accesible á la piedad. Hay que leer en sus Memorias la conmovedora escena en que hallando á la reina de antemano irritada contra él, la convenció más que por su firmeza, por su ternura.

No olvidemos, sin embargo, al leer aquellas admirables Memorias, que son un poco sospechosas. Escritas por él cuando refugiado en el extranjero, en medio de los emigados, rodeados de aquellos á los que acababa de batir, necesitaba demostrar cuán respetuoso y sensible hacia los infortunios reales había sido el ministro jacobino. Todo esto le sirvió mucho para conquistar la opinión; la del público jamás; pero la de los gobiernos, que vieron todo el partido que podía sacarse de semejante hombre. Lo vieron demasiado bien, si es cierto que fué el viejo Dumouriez, á los setenta años, el que redactó para los ingleses los planes de la resistencia española, ilustrando poderosamente á sus generales y colocando el fatal obstáculo en que se estrelló el Imperio.

Volvamos al pequeño salón de la calle Guenegaud, á la primera entrevista de Dumouriez y los Roland. Ella no quedó favorablemente impresionada, encontrando que tenía la mirada falsa. Aquellos ojos sombreados por espesas cejas negras que ya empezaban á blanquear eran heroicos y se dulcificaban; pero el político inmoral, el escéptico, el cínico se traslucía demasiado. Dumouriez había amado siempre demasiado á las mujeres, con una perseverancia rara y romántica. A aquella edad amaba todavía, sin escoger mucho, es cierto, á una mujer de talento, muy aristocrática, la hermana del famoso Rivarol. Al primer golpe de vista sobre el marido viejo y sobre madama Roland, tuvo la audaz idea de que podría añadir á la realista la republicana. Su ligereza desagradó y especialmente ciertas palabras que denunciaban el mal tono de la sociedad que frecuentaba. Madama Roland se mantuvo grave y cortés y le tuvo siempre á distancia. El comprendió que ella le estaba juzgando, y desde aquel momento se colocó en la misma tesitura que ella.

El verdadero Dumouriez, cortesano y demagogo, halagando al rey y al pueblo, se dió á conocer desde el siguiente día. Hizo entender al rey que á toda costa era preciso ganar y lisonjear á los Jacobinos. En seguida fué en su busca, se puso el gorro colorado y no regateó; conociendo el gran amor propio de las gentes con quienes trataba, no vaciló en colocarse bajo su tutela, les pidió sus consejos y les rogó que no le guardasen consideración y le dijese las verdades. Acogido con una respuesta arrogante de Robespierre que habló con desdén de los «hipos ministeriales» y dijo que esperaba á que el ministro estuviese suficientemente probado, etc. Dumouriez, sin desconcertarse, corrió hacia él con una efusión admirablemente fingida y se arrojó en sus brazos. Toda la concurrencia se conmovió y los de las tribunas lloraron.

El hombre de Francia más cruelmente mortificado por el ministe-

rio girondino no fué el rey; fué Robespierre. Vamos á ver á que grado de enfurecimiento llegó en aquellos dos meses, revolcándose en su bilis, entreteniéndose en vagas y tenebrosas denuncias, sin apoyarlas jamás en un solo hecho, en una sola prueba.

Estaba herido en el alma, y por segunda vez. La primera ya se recuerda, solo en la Constituyente, objeto de risa al principio, luego de odio, por fin de terror, se había creído por su triunfo popular no solamente el vencedor sino el heredero de la Asamblea. Participaba de la opinión de la corte y de todo el público, que suponía que todos los talentos estaban en la Constituyente y que la legislativa sería débil é incolora. Y he aquí que aquella Francia inagotable acababa de lanzar una legión de hombres ardientes y enérgicos, de los cuales varios estaban á la altura por lo menos de sus antecesores; generación eminentemente joven, impresionable, apasionada. De suerte que en el momento en que Robespierre creía haber llegado á la cumbre, un monte nuevo por decirlo así, se levantaba ante él. No se descorazonó y emprendió de nuevo el asalto con una fuerza de perseverancia que acaso nadie hubiese tenido. Desgraciadamente aquella pasión que constituía su fuerza abrió en su corazón abismos de odio desconocidos.

Nada más fácil que atacar á los Girondinos. Ningun partido era más ligero en sus palabras, ninguno en sus actos más inquieto, más variable, más pronto á comprometerse. Ninguno de ellos tenía genio á menos que se aplique este calificativo á las facultades oratorias, verdaderamente sublimes de Vergniaud. El hombre activo del partido, Brissot, era un personaje vulnerable. Sin hablar de los precedentes bastante tristes de su vida de literato, como político cansaba al público y á la opinión con el exceso de su actividad. Brissot iba, Brissot venía, Brissot escribía, hablaba, repartía todos los empleos; siempre y en todas partes Brissot. No era incapaz de hacer grandes cosas, pero se mezclaba de buena gana en una infinidad de pequeñeces. Desinteresado para si mismo, era insaciable para su partido, tenía el ardor y la intriga de un capuchino para su convento. *Brissoter*, llegó á hacerse proverbial. Caminaba en línea recta, con la cabeza baja, los codos pegados al cuerpo, con su vestido usado, devoto de su idea, dispuesto á sacrificarlo todo por ella. Y á pesar de esto, ligero, distrayéndose con cosas imprudentes, amando poco, no aborreciendo, no teniendo nada más que aquella amarga hiel que caracteriza á los verdaderos monges, á los inquisidores de la época; hablo de los Jacobinos, del gran jacobino Robespierre.

Este debía absolver á Brissot en un momento dado.

Sin embargo, en el primer momento, no habiendo hecho nada Brissot ni los Girondinos, no era preciso el ataque. Ningun hecho. A falta de él, halló Robespierre una novela, y bajo una forma más ó menos velada, la expuso, la desarrolló y entretuvo con ella á los Jacobinos durante varios meses. La novela no es otra cosa que una profunda y misteriosa alianza entre Lafayette y la Gironda. Las Memorias de Lafayette nos



han demostrado suficientemente que aquella alianza no ha existido nunca más que en la imaginación de Robespierre. Lejos de ello se ve que Lafayette, indulgente con todos los partidos y que en general no odiaba á nadie, odiaba, sin embargo, á los Girondinos. En aquel libro tan frío en todas partes no se conmueve más que al nombrarlos; habla de todos, de Roland, de Brissot, con una antipatía profunda, bajo una forma aristocrática. Enfrente de la Gironda vuelve á ser un gran señor orgulloso, un verdadero marqués.

Lo más curioso es que para dar más gravedad á la novela, para meter miedo y ennegrecer las sombras, Robespierre pinta un Lafayette puramente fantástico; gran cabeza muy peligrosa, en la cual funda la corte «grandes esperanzas». Se guarda muy bien de decir que Lafayette está ya gastado; que en París, en la burguesía, en la guardia nacional, donde los fayettistas eran más numerosos que en toda Francia, no pudo, en las elecciones, reunir mas que tres mil votos contra los siete mil de su adversario.

Brissot le contestó con muy buen sentido, y como hubiera respondido la historia: «¡Cómo! ¿Lafayette un Cromwell? No conocéis, pues, vuestro siglo, ni la Francia. Cromwell tenía carácter y Lafayette no lo tiene... Y aunque lo tuviera, ¿se ha concluído la raza de los Brutos? Sería la nación lo bastante cobarde para dejar con vida al usurpador? ¿Si viniera el mismo Cromwell en persona, qué podría hacer aquí? El adquirió el poder merced á dos auxiliares poderosos que ya no existen: la ignorancia y el fanatismo.

Sin tratar de negar lo noble y hermoso que hubo en Lafayette, basta mirar por un momento aquella frente hundida, aquella cabeza pequeña del honrado general, aquella cara inexpresiva, para comprender todo lo ridículo que era el comparar este personaje con un Bonaparte ó con un Cromwell.

La imaginación enfermiza, la credulidad miedosa, era el carácter propio de la infinita desconfianza de la sociedad jacobina. Robespierre excitando esta cuerda estaba seguro de ser aplaudido. Bastaba con mostrar siempre á lo lejos, entre nieblas, algo con vaguedad espantosa. Leed todos sus discursos de Abril y Mayo. Va á descórrer «el velo que cubre horribles complots.» Desenmascarará á los traidores, hoy todavía no, aún es pronto; pero á la mayor brevedad. Posee terribles secretos que podría revelar... Llegará el día en que descubrirá un sistema de conspiración... Todos los asistentes, llenos de impaciencia, estaban pendientes de sus labios, creyendo siempre llegado el momento en que el pálido y misterioso orador se decidiese á iluminar con un rayo vengador las tinieblas de que se rodeaban los traidores.

De vez en cuando personas desconocidas hacen alguna denuncia con que entretener la impaciencia de la multitud hambrienta. Simón del Rhin denuncia á los Fuldenses de su país. El ex capuchino Chabot, obsceno, innoblemente intrigante, entretiene al público con los planes

de madama Canon (de este modo, á su manera, se burla de la demasiado belicosa madama de Stael). Chabot declara atrevidamente que Narbonne será *protector*; Fauchet trabaja para conseguirlo. Y el mismo Chabot, sin preocuparse por lo que se contradice, quiere que el mismo Fauchet entregue la dictadura precisamente á los Girondinos que acaban de echar á Narbonne y de sucederle.

Entramos en una nueva era en que la calumnia va á emplearse con una fuerza, con una audacia, iba á decir con una grandeza, como no se encuentra en ninguna época. Triunfa, está como en su casa, se considera como virtud cívica. Jamás se aducen hechos ni pruebas; las habladurías vagas de un enemigo son siempre bastante para satisfacer las imaginaciones odiosas que necesitan odiar aun más. La culpa de los atacados consiste en que persiguen incesantemente á aquellos fantasmas que retroceden. En la persecución ardiente de las sombras, les prestan cuerpo, por decirlo así, y los hacen pasar por seres reales. De este modo los girondinos impacientes, inquietos en medio de su provocadora insistencia ocupaban sin cesar al público con Robespierre y con el secreto de Robespierre que no quería divulgar, le apremiaban para que se explicase, iban así agrandándole, designándole cada vez más como jefe de todos los odios, de todas las envidias, de todos los descontentos. Le echaban en cara el ser el ídolo del pueblo, y con esta imprudente confesión aumentaban la idolatría. El por su parte no hacía nada y en realidad no decía nada en el fondo.

Camina siempre retrocediendo, y retrocediendo se agranda. Por ejemplo, cuando Guadet con una mezcla de odio y de respeto dice que un hombre semejante, por amor á la libertad, debería imponerse el ostracismo, le dá una bella respuesta: «¡Ah!, que se afirme la igualdad, que desaparezcan los intrigantes y yo mismo abandonaré la tribuna... Feliz con la felicidad de mis conciudadanos, pasaré días tranquilos en las delicias de una santa y dulce intimidad.» Y en otra parte: «Si se me impone silencio, abandonaré esta sociedad para encerrarme en un retiro». *Voz quejumbrosa de las mujeres*: «¡Os seguiremos!, ¡os seguiremos!»—Y las mismas voces á los adversarios: «¡Pillos!, ¡malvados!»

Robespierre había nacido para cura; las mujeres le querían como si lo fuese. Sus vulgaridades morales, que tenían mucho de sermones, les parecían muy bien; se creían en la iglesia. Ellas gustan de las apariencias austeras, bien porque al verse con frecuencia víctimas de la ligereza de los hombres se inclinan hacia los que las tranquilizan, ó bien por que sin darse cuenta de ello, suponen instintivamente que el hombre austero, en general, es el que mejor conserva su corazón para la persona amada.

Para ellas el corazón lo es todo. Sin razón cree la gente que necesitan que las distraigan. Por muy fastidiosa que fuese la retórica de Robespierre, solo con decir: «Los encantos de la virtud, las dulces lecciones del amor maternal, una santa y dulce intimidad, la sensibilidad de



mi corazón» y otras frases por el estilo, ya estaban las mujeres conmovidas. Añádase que entre estas generalidades monótonas, había siempre una parte individual, más sentimental todavía, referente á su persona y á sus méritos y sufrimientos personales; todo esto en cada discurso, y con tanta regularidad que se esperaba este pasaje con los pañuelos preparados. Luego cuando empezaba la emoción, llegaba el trozo conocido, con alguna ligera variante, sobre los peligros que corría, el odio de sus enemigos, las lágrimas que algún día se derramarían sobre las cenizas de los mártires de la libertad... pero cuando llegaba á esto, ya era demasiado, los corazones se desbordaban, no podían contenerse más y prorrumpan en sollozos.

Robespierre aumentaba sus efectos con su cara pálida y triste que de antemano preparaba en su favor los corazones sensibles. Con sus retazos del *Emilio* ó del *Contrato social* parecía en la tribuna un triste bastardo de Rousseau, concebido en un mal día. Sus ojos parpadeantes, movibles, recorrían sin cesar toda la extensión de la sala, se fijaban en los puntos mal iluminados, frecuentemente se volvían hacia las tribunas de las mujeres. A este efecto manejaba con seriedad y destreza dos pares de anteojos, uno para ver de cerca ó leer y otro para mirar á lo lejos, como buscando á alguien. Cada una de ellas se decía: «Es á mí.»

Había una dificultad, y es que en un punto capital Robespierre no podía atraerse á las mujeres, sin arriesgarse á chocar con los hombres. Los hombres eran filósofos, las mujeres eran religiosas. Lo difícil para él era encontrar en lo que un moderno ha llamado acertadamente «la delicadeza aguda de su táctica», la medida exacta y precisa con que podría sin riesgo, mezclar á la jerga política la jerga religiosa.

Todo el tiempo que pudo (hasta Mayo del 91) le hemos visto con habilidad prescindir de los curas y á veces hasta hablar en su favor.

Hoy que los curas se habían declarado enemigos de la Revolución no se trataba ya de apoyarse en ellos; se trataba por el orador jacobino de tomar sus posiciones, de hacerse cura á su vez. Esto era arriesgado y no podía hacerse más que bajo el hábito filosófico, con las fórmulas de Rousseau, siguiendo de cerca, copiando, adaptando á las circunstancias el evangelio filosófico de la época, el *Vicario saboyano*, que el enemigo no atacaría sin peligro y detrás del cual, después de todo, estaba Robespierre seguro de encontrarse á salvo. Si la cosa salía bien, era un verdadero golpe de maestro apoderarse de las mujeres y de los devotos, para el que era ya amo de los Jacobinos: era concertar dos fuerzas hasta entonces poco conciliables; era llegar valiéndose de las primeras hasta el punto donde la Revolución había penetrado poco todavía, al seno de las familias, al hogar.

He aquí, pues, lo que Robespierre arriesgó en los Jacobinos. En una alocución sentimental, con tintes de misticismo filosófico, dijo entre

otras cosas: «Que había sido permitido al hombre más firme el desesperar de la salvación pública *cuando la Providencia* que vela por nosotros mucho mejor que nuestra propia sabiduría, *al herir á Leopoldo* había desconcertado los proyectos de nuestros enemigos.»

Esta forma y otras parecidas, poco atacables en si mismas, mesuradas y tímidas, recibían mucha claridad con la conducta general de Robespierre; anunciaban en términos bastante claros que en casos de necesidad pasaría del fariseísmo moral á la hipocresía religiosa. Las indiscreciones de Camilo Desmoulins, su hijo predilecto, servían para comprenderle. Se vió poco después al volteriano, al escéptico defender las procesiones por las calles, censurar al magistrado que las impedía, haciendo entender con ironía maquiavélica que era preciso divertir al pueblo: «Mi querido Manuel, decía Desmoulins, los reyes están maduros, es cierto; el buen Dios no lo está todavía.»

El pensamiento mejor velado de Robespierre era, sin embargo, transparente. La intención política se traslucía en aquellas palabras religiosas. Aquel gran nombre de la Providencia así explotado hacía daño. La miel de la religión en una boca tan amarga era cosa intolerable.

Mucho más para los hombres de entonces, imbuidos de la filosofía del siglo, más que nunca en lucha con los curas, y que desgraciadamente no veían más que á los curas en la religión. El girondino Guadet, mezclando un elogio en su ataque, dijo que se admiraba de ver «que un hombre que con tanto valor había trabajado para sacar al pueblo de la esclavitud del despotismo, cooperase á sumirle en la esclavitud de la superstición.»

El imprudente proporcionó á Robespierre la ocasión que esperaba. Fué un feliz recuerdo producto de su memoria, uno de aquellos trozos hábilmente redactados á la luz de la lámpara encendida hasta después de la media noche en las bohardillas de Duplay. Hay que confesar también que todo no era habilidad; había en aquella elocuente respuesta algo de sentimiento verdadero. No hay duda de que Robespierre en su época de soledad y sufrimiento se habría sentido inclinado hacia Dios, que hubiera releído varias veces las consoladoras páginas del *Vicario saboyano*. Solo que en esta ocasión contestó á lo que Guadet no había dicho. Repuso tratando de la existencia de Dios en general, de lo cual no se había hablado, y no sobre lo que Guadet llamaba superstición: la creencia de una intervención especial de Dios en ciertos asuntos particulares, la creencia de la acción personal de Dios fuera de la acción de las leyes del mundo la fe en los golpes de Estado de Dios que destruyen toda previsión, toda la filosofía y toda la verdadera religión, puesto que esta nos enseña que es propio de la majestad divina el querer obedecer regularmente las leyes que ella misma ha hecho.

Robespierre, sin contestar concretamente, y saliéndose de la cuestión, no dejó de estar muy hábil y verdaderamente elocuente. Con acen-